

Discurso pronunciado por el profesor Emilio Delgado López-Cózar en el acto de entrega de medallas y distinciones honoríficas por parte de la Universidad de Granada

Excelentísimo Sr. Rector Magnífico
Autoridades académicas
Compañeros de trabajo universitario
Galardonados
Amigos todos

Debo confesar que me acerco a esta tribuna con un problema de identidad: mi personalidad está escindida porque, aunque hablo desde mi condición de profesor, alcancé en esta universidad como alumno mi mayoría de edad, y lo digo literalmente; y me inicié profesionalmente en ella como PAS.

Inmediatamente viene a mi memoria aquél septiembre de 1977, cuando accedí a la Universidad como estudiante de Letras, y afanosamente ascendía a pié por la “cuesta” que conducía a la Facultad; o aquél noviembre de 1983 cuando con el mismo espíritu, pero ahora en autobús, iba rumbo a la ignota para mí Escuela de Empresariales, sucesora de la añeja Escuela de Comercio, para trabajar como auxiliar administrativo; o aquél octubre de 1989 cuando me encaminaba a la Escuela de Biblioteconomía, ese centro de nombre impronunciable y del cual ya se ha despojado, para ejercer como docente.

Quien me iba a decir a mí que después de 33 años, sólo interrumpidos por un viaje de ida y vuelta de un año a la Universidad de Salamanca y tras entonar el “vuelvo a Granada”, seguiría subiendo “la cuesta”; al menos ahora lo hago en moto. En un raro caso de transformismo he pasado por los tres cuerpos que conforman la universidad, y lo he hecho, tal cual virus mutante, sin interrupción. Debo ser resistente, pues sigo aquí en pié. La estancia en estos cuerpos, aunque he de reconocer que dos de ellos ya no viven en mí, deja su impronta y sus posos. Porque desde cualquiera de ellos se hace universidad, pero se construye y, sobre todo, se ve de muy distinta manera. Para el PAS, la Universidad es la empresa; allí trabaja y se le paga por ello. Para el Profesorado es eso, pero algo más: su casa. Aunque, dependiendo del carácter de cada uno y de la posición que ocupe en el escalafón, la casa se convierte en cortijo, casa propia o de alquiler.

Supongo que este cóctel de méritos es el que me ha proporcionado el honor de dirigirme hoy aquí a todos vosotros, lo cual es un placer que agradezco, y muy especialmente, al Sr. Rector.

Celebramos hoy un acto más entrañable que solemne, más emotivo que protocolario, más sencillo que ceremonioso. Por tanto, este discurso, aunque se celebre en la Universidad, que es la morada de la razón, debe dirigirse más al corazón que al intelecto, más a despertar las emociones oxidadas por el paso del tiempo y a rescatar la memoria del olvido invocando recuerdos difusos, casi borrados, que a describir en crónica fría y aséptica lo que ha sido nuestro quehacer y acontecer en estos lustros. Es, además, un acto

para mirar hacia atrás más que hacia delante, y así sentirse satisfecho y orgulloso del largo camino recorrido.

25 años, son muchos años, toda una vida, por eso creo que debiéramos empezar entonando el estribillo de aquella canción de Violeta Parra que decía **Gracias a la vida que me ha dado tanto...** y que, estoy seguro, tantos buenos recuerdos evocan a los miembros de mi generación que hoy aquí estamos.

SÍ, hoy es un día para dar gracias en mayúsculas, y simplemente por el mero hecho de estar aquí.

Hoy la UGR agradece y reconoce nuestra lealtad, entrega y trabajo por la institución durante nada más y nada menos que 25 años. En un mundo donde todo cambia tanto y tan rápido, donde todo es a la vez tan volátil y voluble, permanecer 25 años trabajando en y para una institución es más que admirable. Un matrimonio tan leal como este bien merece el reconocimiento. Por tanto, meritada está la medalla, aunque sólo sea por el aguante.

En cualquier caso, entiendo yo, que este acto de agradecimiento debe ser recíproco. Hemos permanecido fieles a la institución pero ella también lo ha sido con nosotros. Somos muy afortunados por gozar de una estabilidad, tan prolongada. No sé si podrán presumir de ello las actuales y futuras generaciones. Por eso creo que, parafraseando, de nuevo a Violeta Parra, debemos también decir **Gracias a la Universidad que nos ha dado tanto.**

Gracias por proporcionarnos el sustento, que en días de tantas vicisitudes económicas como las que vive nuestro país, no es poco. Encontrar abrigo y refugio donde guarecerse de estas tormentas financieras y laborales en una morada con tan sólidos cimientos constituye toda una fortuna.

Gracias por hacer posible que nuestra vocación se convierta en profesión. Si ya es una proeza contar con trabajo en la actualidad, trabajar en lo que a uno le gusta es más que un privilegio toda una regalía.

Gracias por permitirnos que nos dediquemos a una de las más nobles profesiones que puede ejercer el ser humano: ser profesor. Que bella y trascendente responsabilidad la de educar, enseñar y formar. Qué gratificante para un maestro comprobar como aprenden sus alumnos, como siguen los caminos que se les trazan, como se abren sus mentes, como se adiestran sus sentidos, cómo se cincela su espíritu...

Gracias, asimismo, por poder consagrarnos a una de las más apasionantes ocupaciones que existen: la de investigador; explorar lo desconocido y descubrir los secretos de la naturaleza sea física o social, encontrar respuestas a las preguntas que penden sobre la humanidad, contribuir al progreso de la vida humana resolviendo sus problemas y creando herramientas que faciliten nuestra existencia, es excitante.

Gracias por poder convivir a diario con gente joven, con la gente que mira siempre hacia delante, libres de trabas mentales, con permanente ánimo, con ese punto de ingenuidad entrañable y ese arrojo y valentía que abre caminos y transforma la vida. Que suerte estar cerca de esa juventud, nos infunde nueva sabia; todos los años nos trae bocanadas de aire fresco.

Gracias por darnos la oportunidad de encontrar amigos, y también enemigos, quiero decir contrincantes, adversarios, rivales. Sin los segundos nunca se apreciaría tanto a los primeros. Cada uno de vosotros seguro que podríais nombrar a unos cuantos. Yo he tenido la ventura de fundar junto Rafa y Evaristo un grupo de trabajo, EC3, que es ante todo un grupo de amigos (Mercedes, Dani, Álvaro, Repiso, Nicolás...); valga esta mención como testimonio de mi aprecio. Para construir estos grupos se precisa, ante todo, química. Aunque parezca un desafío a la naturaleza, tras la química vendrá la física y todo lo demás.

En este acto mismo reconozco a queridos compañeros que dieron sus primeros pasos conmigo en la UGR: veo a Ángela, con su incombustible ánimo, José Alberto y su constante sonrisa, Ángel y su feliz presencia ausente, Álvaro, siempre inquieto, inconformista y rebelde, látigo de rectores (especialmente de Vida Soria: como se revolvía en su asiento cuando desde el gallinero del aula magna de Letras levantabas la mano para pedir la palabra), Puerto y su perenne mocedad y optimismo vital (ya nos dirás cual es el elixir), María Jesús y su bonhomía, que tanto me recuerda a mi infeliz hermano Juanmi al que te ligaba tan estrecha tu amistad, Amparo y su sereno talante .

Y, por último, permitidme que declare públicamente un motivo muy personal de agradecimiento:

Gracias a la Universidad de Granada, porque aquí encontré y conocí a la que hoy es mi mujer. No olvido aquél día de noviembre de 1983 ascendiendo por las escaleras de Gerencia -ese monumento a la destreza y habilidad para no precipitarse y dar con los huesos en el suelo- camino de la toma de posesión y en busca de destino. Buscaba el trabajo y encontré el amor y la compañía. Hallé lo uno y lo otro: los dos están vivos. Y fruto de esta unión ha sido Adriana, mi hija, aquí presente haciendo novillos en la escuela, para no perderse este acto y responsable directa de que hoy yo me encuentre aquí.

Dicho esto me propongo ahora recordar, brevemente, cómo era aquella universidad a la que arribábamos con tanta ilusión hace 25 años, y bosquejar los rasgos que la diferenciaban de la que conocemos actualmente.

Si una palabra puede caracterizar aquel período es la del cambio: 1983, 1984 y 1985 fueron los años de la metamorfosis institucional de la universidad. Y es que “Por el cambio”, fue el lema con el que el partido socialista llega al poder en octubre de 1982. Legitimado por su histórica victoria electoral, se aprestó a hacer la reforma de España. Y empezó por la universidad: en agosto de 1983 ya se había aprobado la LRU (Ley de Reforma Universitaria).

Al amparo de la nueva ley, se convocan elecciones a claustro constituyente con la doble misión de elegir nuevo rector y elaborar los estatutos de la nueva UGR. Un claustro compuesto nada más y nada menos que por 882 miembros (hoy día son 300) eligió rector a Vida Soria y lo hizo en una elección propia de una película de Hitchcock, por sólo dos votos de diferencia (285 a 283).

Calcando el proceso de elaboración de la Constitución Española, que él había vivido directamente, Vida Soria promovió un estatuto fruto del pacto entre los tres sectores que componen la Universidad: profesorado, estudiantes y PAS. Si los ponentes de la Constitución Española celebraron sus intensas reuniones en el Parador Nacional de Gredos, los andaluces en el de Carmona, los padres de nuestro estatuto se fueron al más modesto Hotel Salobreña y en un mes parieron un anteproyecto. Allí, entre otros, estaba el que hoy es nuestro rector, muy activo en esos años como representante de los PNNs doctores.

Creíamos todos, por aquella época, con cierta ingenuidad y con fe, casi apostólica, que la realidad puede cambiarse de un plumazo con las leyes, y por ende, que con los nuevos estatutos transformaríamos la universidad. Desde luego, con esa convicción y ese afán discutimos durante 1984 y parte de 1985, yo estaba también en ese claustro constituyente, artículo por artículo como si nos fuera la vida en ello. Se presentaron 1.239 enmiendas al proyecto, todas ellas debatidas y votadas en la Comisión. Y al pleno llegaron 255, que fueron aprobándose con escaso margen de votos. La tensión fue tal que el Rector tuvo que suspender las reuniones y con amenazas de dimisión y tras 14 horas ininterrumpidas de negociaciones (altas horas de la madrugada) se alumbró el proyecto. Repito, Hitchcock hubiera tenido materia para una buena película de suspense.

Eran aquellos, tiempos en que en la universidad se discutía de todo, por todo y con todos. Una universidad donde se encendía un debate profundo y controvertido sobre algo tan trascendente como si la Universidad debía ser calificada como ente, ente de derecho público, corporación o institución. No faltaron citas doctrinales, históricas... en fin el claustro se convirtió en la sede de la Academia de Jurisprudencia. O sobre si los ayudantes debían ser considerados o no un colectivo dentro del sector del profesorado, y cómo debían estar representados en los órganos de gobierno. El asunto alcanzó tal encono que se tuvo que aceptar una transitoria por la que se acordaba elevar una consulta al mismísimo Consejo de Estado.

En definitiva, dedicamos ese año a crear el andamiaje institucional de la UGR, que en parte hemos heredado hoy. Y si tuviera que caracterizar cuales fueron los rasgos distintivos de esos Estatutos y de esos días diría:

1. Queríamos que todo estuviera reglamentado: más bien parecían las Reglas de San Benito, con las que el santo reguló minuciosamente la vida monacal en los conventos cristianos de todo el occidente. La desconfianza a años de arbitrariedad en la universidad es lo que explicaba esa casi obsesión regulatoria.

2. Queríamos democratizar las estructuras de poder universitario. Esto se manifestó en el predominio absoluto de los órganos colegiados sobre los unipersonales y en la

incorporación de todos los sectores a todos los órganos de gobierno. Todo tenía su explicación: la universidad hasta ese momento era de unos pocos y para unos pocos. **Remover el derecho natural de los Catedráticos a dirigir los departamentos fue una pieza clave.** Con la perspectiva que dan las canas y con la moderación de los años, creo que nos pasamos un poco: llegamos a pensar y a sostener, ilusa y equivocadamente, que hasta el conocimiento es democrático. El acceso al conocimiento debe ser igual para todos y la sociedad debe velar porque se cumpla este principio. **Pero la posesión del conocimiento - “la auctoritas”- no es democrática y posee muchos grados.** Es la autoridad, fundada en el saber, la que otorga ese reconocimiento socialmente aceptado que debe impregnar la actuación universitaria.

3. Queríamos ser autónomos. Autonomía universitaria en la elaboración de nuestras disposiciones, en la selección de nuestros recursos humanos y en la gestión de nuestros presupuestos. Siglos de intervención estatal cultivaron este sentimiento reactivo.

En fin se introdujeron muchas novedades que rompían con la universidad del antiguo régimen: los departamentos sustituían a las Facultades como órganos de vertebración de la docencia y la investigación, aparecía la evaluación del profesorado, los contratos de investigación (famoso art. 11), las licencias, estancias, permisos para la movilidad, concentración horaria, las Escuelas Universitarias dejaban de ser “centros de segunda clase”... y un largo etcétera

El Profesorado consiguió que se promoviera la reconversión de sus vetustas escalas y el reparto injusto que hacía recaer el peso de la docencia en los famosos y gloriosos PNNs (Profesores No Numerarios) (el 75% de todo el personal docente). Se inició la reconversión que llevaría en 2005 a la pantomima de la idoneidad, prueba por la que la mayoría de los PNN pasó a la condición de numerario, y los que no accedieron a contratos de larga duración como profesores asociados

El PAS, siguiendo el paso marcado por el profesorado, reclamó un trato parecido. Ya se sabe que el agravio comparativo es el mecanismo que gobierna la relación entre estos dos cuerpos de la universidad (tan próximos pero tan distantes y antagónicos). Consiguió su transitoria por la cual mediante un concurso de méritos restringido todos los funcionarios que dispusieran de la titulación correspondiente pasarían automáticamente a la escala superior. Al cuerpo de bibliotecarios le tocó la lotería por partida doble. Muchos pasaron de Auxiliares a Ayudantes y de ahí a Facultativos: un doble salto mortal con red y sin riesgo.

En fin, en aquellos años se pusieron los cimientos de la nueva Universidad, una universidad que como dijo castizamente Alfonso Guerra, a día de hoy “no la conoce ni la madre que la trajo”. En fin me cuesta pronunciar en esta casa la palabra que utilizó el vicepresidente

Aquella era una universidad pequeña: más grande por espacio -pues abarcaba Almería y Jaén- pero más pequeña en cifras respecto a la de hoy. Ayer 36.000 alumnos, hoy 60.000; ayer 1.700 profesores, hoy 3.800; ayer 900 trabajadores del PAS, hoy 2.100

Una universidad donde éramos pocos pero conocíamos a muchos. Hoy somos muchos pero conocemos a pocos; excepto nuestro Rector que posee una base de datos por cabeza.

Aquella era una universidad simple y sencilla, orgánicamente hablando: 23 centros universitarios, 5 vicerrectorados, y un puñado de secretariados y servicios **La actual es compleja y mastodónica**: 28 facultades y escuelas, 16 institutos, 113 departamentos, 10 vicerrectorados y casi un centenar de secretariados y servicios. Muchos cargos que nos proporcionan muchas cargas.

Aquella era una universidad estática y cerrada: no había apenas movimiento de estudiantes y de profesores. Hoy es más abierta y dinámica: nuestra UGR ocupa los primeros puestos en movilidad, como gusta decir ahora. Aunque esto no quiere decir que la antigua universidad estuviese ensimismada y encerrada: las personas no se movían pero las ideas circulaban y a toda velocidad.

Aquella era una universidad de valores, ésta trabaja más los valores en la bolsa, entiéndase del bolsillo, que no es otra cosa que la bolsa en pequeño y a escala humana. Era una universidad con mucha ideología, donde se discutía, como dije antes, sobre todo y por todo. No sólo el interés propio movía a las personas. Hoy parece que sólo lo que afecte a nuestro curriculum y a nuestra cartera nos moviliza. Por otra parte, hoy se habla mucho y se discute poco. En este mes hemos ventilado todo un nuevo cambio de la universidad: planes de estudio de grado, postgrado, doctorado y sin rechistar. Qué diferencia con el relato de la reforma estatutaria que antes comentaba.

Aquella era una universidad lejana, ésta es mucho más cercana. Llegamos a la universidad de Don Antonio, dicho esto con todo mi respeto para su persona, porque además fue un rector que dejó huella. Recuerdo aquellos días de auxiliar administrativo en Empresariales, cuando yo me encargaba de los asuntos económicos del centro; cada cierto tiempo, acompañando a mí entrañable jefa, Mari Carmen Sánchez Trigueros ya fallecida, bajábamos con los expedientes bajo el brazo, al Hospital Real. Bueno más que bajábamos realmente subíamos a ese monte palatino donde moraba la jerarquía que todo lo podía. Tocábamos a todas las puertas precisas para obtener de las autoridades, mayores y menores, un sí para nuestros expedientes atascados. Concluida la mañana volvíamos a nuestro centro, ese pueblo, esa ciudad de provincias tan alejada de la capital del reino universitario.

Pero si aquella era una universidad distante esta es la de las puertas de par en par (cuidado con las corrientes aire). Hoy es el rector con sus vicerrectores quienes recorren los centros de la Universidad, acercándose a sus administrados. Algo insólito.

Era aquella una universidad con ventanillas y mostradores, con instancias y pólizas, con certificados que se pagaban a través de órdenes de pago que debían hacerse efectivas en la CAJA de la Universidad, con máquinas de escribir (las inefables y grises Olivetti línea 98, sustituidas más adelante por las ETS) antes de la llegada del ordenador; con papel carbón para hacer copias de los oficios remitidos, delator de la habilidad del mecanógrafo,

incapaz de borrar la errata que quedaba marcada indeleblemente en el calco; con tipex ese, blanqueador y reparador de impurezas y yerros, mal disimulados, herramienta imprescindible del auxiliar administrativo.

Era aquella una universidad, donde la fotocopia era el último grito... en la reproducción: ¡qué maravilla poder fotocopiar los apuntes, los escritos administrativos y los artículos para poder leerlos en casa!; donde los tablones de anuncio eran el principal medio público de comunicación de las disposiciones oficiales. Pero donde los pasillos de las facultades se llenaban de carteles colgantes.

En fin, una universidad, donde un traslado de expediente se suplicaba no se solicitaba; donde una alteración de matrícula era una gracia que el alumno esperaba merecer de la autoridad correspondiente; donde no se terminaba un escrito sin exclamar que Dios guarde a V.I. muchos años

Era una universidad de pizarra y tizas, las transparencias llegaron como un gran avance poco después; una universidad con tarimas, hoy son más virtuales que reales. Muchos profesores han bajado de ellas y muchos alumnos se han subido a ellas. Ni tanto ni tan poco...; una universidad de palabra más que de imágenes, creada para transmitir conocimientos más que para fomentar el aprendizaje autónomo

Hoy la universidad se ha hecho virtual, o pretende serlo: llena de ordenadores, de retroproyectores y cañones de video, portátiles, libros electrónicos, pizarras digitales, plataformas de e-learning, aplicaciones telemáticas que pretenden acabar con los papeles, powerpoint, páginas web, correo electrónico... Avances, muchos de ellos, que facilitan y potencia nuestra labor, sin duda.

Sólo una advertencia: no olvidemos que lo virtual nunca puede reemplazar a lo real. Las relaciones humanas, son eso: relaciones personales que exigen el aquí y ahora, la presencia. No pueden ser sustituidas por la apariencia de la realidad que es lo virtual.

Aquella era una universidad donde los profesores llevaban una vida más reposada o, por lo menos, centrada en una reducida gama de tareas:

La docencia era el eje central de sus quehaceres: preparar las clases, impartirlas, atender a los estudiantes en las tutorías, corregir trabajos y exámenes, cientos de exámenes, pasar las notas a las actas, y comunicarlas a los alumnos mediante papeletas (verdes, naranjas... de todos los colores las conocimos)

La investigación y la subsecuente publicación de resultados era algo secundario, aunque ya empezaba a despuntar en las áreas de ciencias experimentales. Un dato: en 1984 toda la UGR había publicado solo 216 documentos en los Citation Index. En 2009 eran ya 1.755. Hacer tesis o dirigir las, y acudir a algún congreso, era la tarea prioritaria y el eje de la actividad investigadora.

La asistencia a reuniones de Juntas, Consejos y Comisiones se espaciaba en el tiempo y centraba la atención de un limitado número de profesores. El poder estaba muy concentrado.

El resto del tiempo quedaba para la lectura de la correspondencia y la charla en el pasillo y la cafetería, los lugares idóneos para arreglar el mundo y criticar, de paso, al rector, vicerrectores, decanos, directores de departamento, colegas... Me parece que es lo único que no ha cambiado. La lectura de las cartas ha sido sustituida por la lectura de los mensajes del correo electrónico, al que nos dedicamos con fruición una vez hemos quitado los spam y recuperado los spam que no eran spam.

La universidad actual es muy diferente para el profesor: dos palabras han pasado a formar parte de su lenguaje cotidiano: calidad y evaluación. Todo tiene que ser no solo bueno sino que tiene que parecerlo, esto es, debe llevar el marchamo de la “calidad” y estar certificado por alguna agencia.

Parafraseando al clásico bien podría decirse que un fantasma recorre la Universidad Española, es el fantasma de la evaluación, de repente todo el mundo se ha puesto a evaluar a todo el mundo y a todas horas. Hace 25 años este verbo solo lo conjugaba el profesor en su voz activa cuando evaluaba a sus alumnos pero no en su voz pasiva o lo hacía ocasionalmente cuando accedía a la plaza o ganaba la oposición (uno o dos ascensos a lo largo de su carrera). Hoy se conjuga en su voz activa o pasiva: evalúo y soy evaluado. Y se hace a todos los niveles (personas, programas, instituciones, titulaciones, proyectos, publicaciones), en los diversos ámbitos geográficos en que despliega su actividad (internacional, nacional, regional y local). En fin, cuando un profesor se levanta cada mañana se pregunta con resignación: ¿a quien evaluaré hoy? o ¿quién me evaluará a mí?

Las actividades del profesor se multiplican: profesión, gestión, investigación, docencia, divulgación.

La docencia ha quedado arrinconada, pues no repercute positivamente en la carrera científica. La investigación, y en concreto la publicación, han pasado a ocupar el lugar preferente. Publica o perece es una sentencia que pende como espada de Damocles sobre las vidas de los profesores, porque hoy día, se nos juzga por lo que publicamos.

Aunque los criterios de evaluación han cambiado. Antes todo se medía por el volumen y el peso: se precisaba una carretilla para llevar la tesis, sobre todo en Humanidades, o los CV o méritos en concursos u oposiciones, los presupuestos se repartían exclusivamente por este criterio.

Hoy, en cambio, la palabra mágica es el impacto. Hay que tener impacto. La cosa ha llegado a tal extremo que podemos hablar de una nueva enfermedad: La impactitis, una alteración de los comportamientos de publicación y citación y que cursa con una obsesión compulsiva en utilizar el factor de impacto como único e incontestable criterio de calidad del trabajo científico. Como me dedico profesionalmente a este tema contaré un par de anécdotas, reales como la vida misma:

En un curso sobre publicación, ha un par de años me pedía una profesora ansiosamente ¿Dónde se consigue el impacto? Me han dicho que se obtiene en Estados Unidos, ¿qué hay que hacer? ¿Tengo que ir allí?... En fin, no iba muy desencaminada ya que allí está la empresa que elabora los rankings de revistas y allí suelen estar las publicaciones más relevantes...

Pero la cosa no queda ahí. No hace más de seis meses, pronunciando una conferencia sobre evaluación de la investigación en una universidad, que no nombraré por prudencia, se levantó un profesor de Teología, sacerdote él, por lo menos así lo denotaba el alzacuellos, que lucía, y exclamó ¿Es que la Teología no tiene derecho a tener revistas de impacto? Yo, sorprendido por su vehemencia, contesté atendiendo a la calidad de mi interlocutor: Padre, todos somos hijos de Dios. No se preocupe, en la medida en que podamos la Teología tendrá revistas de impacto.

Espero que todo esto sea un trastorno temporal y volvamos a la cordura, recordando que nuestra función es tan sencilla y tan hermosa como educar, investigar y formar a personas cultas, equilibradas y honestas.

Termino. En fin 25 años, recordados en 25 minutos; demasiado vino para tan escaso odre. Y dentro de 25 años ¿qué? La única certeza es que la universidad seguirá aquí. Solo en ese sentido puede decirse que la institución está por encima de las personas. Porque yo creo que la institución es de las personas, es lo que son las personas que habitan en ella. La UGR es hoy lo que nosotros somos, ha sido en estos 25 años lo que nosotros hemos querido que sea. Hoy nos toca a nosotros hacer universidad. Dentro de 25 años serán otros los que hagan la universidad. Nosotros no estaremos aquí, a no ser que alguien se empeñe y nos alargue indefinidamente la edad de jubilación. Seguramente no será el caso y serán otros los protagonistas. Y es que esta es la inexorable rueda de la vida.

La Universidad de Granada seguirá su camino, se encaminará a la celebración de sus V centenario. Y eso lo vivirán y lo disfrutarán otros desde dentro. Nosotros lo haremos desde fuera, pero siempre con el corazón.

Gracias a todos por vuestra paciencia y atención

Granada 28 de mayo de 2010
Crucero del Hospital Real
Universidad de Granada